

Augusto Barrera, Nury Bermúdez, Fernando Bustamante, Carlos de la Torre
Carlos Larrea, Julio Oleas, René Vallejo, Alison Vásconez

Foro sobre la democracia, el bienestar y el crecimiento económico



Índice

Introducción	
Reflexionando para el acuerdo	7
<i>Ludwig Güendel</i>	
Exclusión social y crecimiento económico en Ecuador, 1990-2004	17
<i>Julio Oleas</i>	
Política fiscal, equidad y bienestar	53
<i>Alison Vásquez</i>	
Desnutrición, etnicidad y pobreza en el Ecuador y el Área Andina	91
<i>Carlos Larrea</i>	
Pobreza, desigualdad y cultura política	113
<i>Fernando Bustamante</i>	
Política pública local, niveles de gobierno y ciudadanía	137
<i>René Vallejo Aguirre y Nury Bermúdez</i>	
Los legados de la democratización de los años cuarenta en la democracia actual	157
<i>Carlos de la Torre</i>	
Enfoque, contexto y lecciones del diálogo por la unidad y el desarrollo (Ecuador 2003)	175
<i>Augusto Barrera</i>	

Los legados de la democratización de los años cuarenta en la democracia actual

Carlos de la Torre*

Este trabajo tiene dos objetivos. Primero se discutirán los trabajos que estudian la estabilidad democrática, que va desde 1948 a 1961, para señalar algunos legados de esta etapa en la última fase de gobiernos civiles. Luego se analizarán cómo las visiones populistas, marxista y liberal democrática conformadas durante este periodo continúan informando la forma en la cual los actores políticos y sociales entienden lo democrático.

Debido a que este es un trabajo exploratorio sobre un tema complejo se presentarán hipótesis y argumentos, que para ser debidamente sustentados necesitarán ser investigados en profundidad. Este artículo se basa en mis trabajos sobre la Revolución de Mayo de 1944 (de la Torre 1993) y sobre el populismo (de la Torre 1996; 2000). También se apoya en los resultados preliminares de mis investigaciones sobre el 21 de enero de 2000 y sobre el gobierno de Galo Plaza (1948-52).

Las décadas de los años cuarenta y cincuenta son interesantes por ser un periodo en el que se suceden cuatro gobiernos y en el que no se rompe la Constitución vigente. Además, durante esta época se definieron algunos rasgos del sistema político que todavía lo caracterizan. Se crearon partidos que funcionan como maquinarias electorales y que reclutan el voto a través del clientelismo político (Menéndez-Carrión 1986; Quintero y Silva 1991 Vol. II). También fue un periodo en el cual se manifestaron diferentes formas de comprender y vivir la democracia que continúan informando las prácticas políticas de hoy. Estas formas de vivir y de interpretar la democracia se las puede caracterizar como tipos ideales y diferenciarlas en: populista, marxista y liberal democrática.

Para los primeros, la democracia se basa en la ocupación de espacios públicos en nombre de un líder que articula un discurso maniqueo en que la política se vuelve una lucha moral y ética entre el pueblo y la oligarquía (de la Torre 2000). La voluntad popular encarnada en la figura del líder se expresa y conforma en rituales y en mítines políticos. De acuerdo a esta versión de qué es lo democrático, no importan tanto respetar los procedimientos constitucionales ni la normativa si éstos aparecen como impedimentos para que el líder alcance la redención de los humildes. Velasco Ibarra, sus caciques, los velasquistas de a pie, al igual que los líderes y miembros de Concentración de Fuerzas Populares son quienes articularon estas prácticas y visiones que las podemos caracterizar como formas litúrgico-populista.

Los marxistas vieron la democracia como una serie de políticas económicas que garantizarían la igualdad económica y social. La democracia, además fue entendida como la participación popular sin intermediarios en asambleas en las cuales se expresa la voluntad popular. La democracia liberal para el partido comunista y para algunas facciones del socialismo fue vista, desde una visión etapista y utilitaria como una oportunidad, ya sea para organizar a las masas para la revolución, o para lograr reformas que les permiti-

* Profesor de Flacso. Coordinador del Doctorado en Estudios Políticos.

ría llegar al poder para implementar la democracia verdadera que no contemplaba las libertades civiles y políticas por las que ellos mismos lucharon durante la etapa nacional-burguesa.

La visión de que lo democrático debe basarse en el respeto a los derechos de los ciudadanos, en el respeto a la normativa y a los procedimientos fue articulada y practicada por Galo Plaza y sus seguidores que conformaron el Movimiento Cívico Democrático Nacional y por algunos socialistas y liberales que colaboraron y compartieron este proyecto. Plaza también buscó la modernización del Ecuador partiendo de estudios técnicos y buscó realizar reformas educativas y mejorar las condiciones de vida de los más pobres en particular de los campesinos indígenas. Estas reformas fueron interpretadas por Plaza como “experimentos en la educación por la democracia” (Plaza 1955a).

El periodo de la posguerra, además interesa por ser una época de democratización en América Latina. Entre, 1944 y 1946 con pocas excepciones, la mayoría de estados latinoamericanos tuvieron gobiernos civiles y experimentaron la consolidación y el crecimiento del movimiento obrero (Rock 1994: 1). Para 1948 terminó en la mayoría de países de la región este periodo de democratización y de crecimiento de la izquierda y de las organizaciones obreras (Bethell y Roxborough 1992: 16). El Ecuador es un caso anómalo pues, entre 1948 y 1961 se vive un periodo en el cual se suceden varios gobiernos civiles. Bethell y Roxborough explican esta anomalía señalando que si bien durante el gobierno de Galo Plaza se da una fase democrática ésta termina con la tercera presidencia de Velasco Ibarra (1952-56) que, según estos autores establece un régimen autoritario y populista (Bethell y Roxborough 1992:17).

Si bien los historiadores británicos tienen razón de destacar los rasgos autoritarios del tercer velasquismo, en el que se clausuró el periódico “El Comercio” de Quito, en el que se reprimió a estudiantes y en el que el destacado periodista Alejandro Carrión fue obligado a comer excremento humano por los pesquisas, no se puede ignorar que Velasco terminó su periodo para ser sucedido constitucionalmente por Camilo Ponce (1956-60) para luego volver a su cuarta presidencia que terminó con la ruptura de este periodo democrático.

La “estabilidad democrática” 1948-1961

Revisando los análisis de los científicos sociales sobre el periodo 1948-61 se encuentran cuatro posibles aproximaciones para entender la estabilidad democrática. La primera fue articulada por Agustín Cueva (1988 [1972]), quien señaló que la principal razón de la estabilidad radicó en la coyuntura económica provocada por el incremento de las exportaciones y por el crecimiento del PIB. Si bien, en un trabajo posterior señaló que el auge bananero no provocó mecánicamente esta estabilidad, sino que fue de la mano con la extensión del modo capitalista y la transformación de los señores feudales de la sierra en burgueses y en la incorporación de la clase media al sistema, la razón que explica en última instancia esta estabilidad “desarrollista” es la economía (Cueva 1983). El problema con la interpretación de Cueva, no es sólo su determinismo que concibe a la política como derivada de lo económico sino que también su visión dogmática que descalifica como burguesas y, por lo tanto como engañosas a las innovaciones políticas que se dieron durante esta época.

Una segunda interpretación sobre la estabilidad democrática puede derivarse del libro de Robert Norris, “El gran ausente”. Basándose en la historiografía tradicional para la cual la política se basa en las luchas, reyertas y conspiraciones de los grandes hombres Norris (2004) escribió una biografía política rigurosa aunque convencional de Velasco Ibarra. Para entender el tercer velasquismo, que es el único periodo en el que el caudillo terminó su mandato y contrarrestarlo con los periodos que no los pudo concluir, Norris analizó las reyertas y las conspiraciones de los políticos. Velasco no cayó durante su tercera presidencia porque fracasaron las conspiraciones en su contra y porque sus opositores no pudieron ponerse de

acuerdo en cómo tumbarlo. Para Norris, la política no se basa ni en las instituciones que constriñen o facilitan ciertas prácticas, ni en los intereses de clase. Más bien se explica por los amores y los odios, las envidias y las alianzas frágiles entre personajes con grandes egos.

Si bien la hipótesis de Norris debe ser estudiada, pues es necesario analizar a la política como un campo no derivado de lo económico y en el que los egos y las acciones de los políticos son importantes, su análisis es demasiado voluntarista. Las acciones de los políticos se dan dentro de determinados contextos institucionales y socio-económicos que las limitan. El reto para el análisis es tomar en cuenta las acciones de los políticos pero dentro de los marcos institucionales y socioeconómicos que constriñen o facilitan sus acciones.

Patricio Quevedo (2004) presenta una tercera interpretación. Señala que, la estabilidad democrática de este periodo se explica por la Constitución de 1946 sobre todo por “las normas prácticas de la cotidiana y trabajosa operación de la maquinaria estatal”. Dos artículos de esta constitución el 179 y el 80 crearon el Consejo Nacional de Economía (CNE) y otorgaron al presidente la facultad de emitir decretos leyes de orden económico si fuese requerido por el CNE. La posibilidad de que un grupo colegiado dirija la economía y la posibilidad del presidente de gobernar sin recurrir a los largos trámites de leyes en el congreso donde se dan las trabas, las demoras, la corrupción y los cambios de camiseta permitieron que Plaza, por ejemplo sienta las bases para el *boom* bananero.

Una cuarta interpretación sobre este periodo es la de Rafael Quintero y Erika Silva (1991 II: 75-150). Señalan, que la creación de un tipo de democracia restringida y una manera particular de funcionamiento del sistema político explican la estabilidad de este periodo. Es así, que entre 1944-1963 surge el régimen de partidos políticos caracterizado por maquinarias electorales más que por partidos ideológicos por su carácter regional, y porque “desde su propia constitución este sistema partidista ecuatoriano expresó la tendencia, hasta el presente, de inestabilidad partidista, débil partidismo y faccionamiento partidista con coaliciones inestables” (Quintero y Silva 1991 II: 77).

Si bien se dio una expansión del electorado del 9.5% en 1948, al 18% en 1960 y éste se incrementó de manera dramática en Esmeraldas 892%, Los Ríos 610%, El Oro 300% y Guayas 285%, este sistema siguió siendo excluyente (Quintero y Silva 1991 II: 78; 116). Durante todo este periodo se prohibió el voto de los analfabetos excluyendo a los más pobres de la ciudad y del campo, así como a los indígenas y a los afrodescendientes. Además, se limitó el número de votantes con la obligatoriedad de renovar la inscripción en cada elección, con los requisitos de residencia para votar, y con las multas y sanciones a quienes no sufragaban (Quintero y Silva 1991 II:114-115).

Siguiendo a Rueschemeyer, Stephens y Stephens (1992), la democracia que se estableció durante este periodo fue de carácter restringido. Se excluyó a una gran proporción de la población del derecho al voto. En palabras de Blanksten (1951: 74), “la estructura del electorado ecuatoriano tiene leyes diseñadas para obligar a que los hombres “blancos” voten y para prevenir que lo hagan las grandes masas de la población –Indios, cholos montubios y negros-.” Si bien, durante el periodo de Plaza se respetaron los derechos civiles, éste no fue necesariamente el caso en los regímenes velasquistas durante los cuales no se respetaron los derechos de expresión y asociación. Además se dejó intacto el poder de los terratenientes que según, estos autores constituyen el grupo menos favorable a la extensión y a la consolidación de la democracia.

Es así, que si bien se dieron procesos de modernización de algunos sectores de terratenientes de la sierra el poder de esta clase que explotaban a los campesinos a través de regímenes de producción que requerían grandes números de trabajadores a los cuales se les pagaba con una combinación de salario y trabajo semi-forzado siguió sin ser tocado por el estado.

La democratización de finales de los años 70, principios de los años 80 tiene la característica de incorporar masivamente a quienes fueron excluidos del voto por ser analfabetos. Quintero y Silva (1991 III: 265-266) señalan que el electorado se incrementó en un 32.3% y en las regiones de fuerte presencia campesina e indígena en un 45%. Si bien, esta nueva fase democrática se sustentó en la incorporación y ciu-

dadación de muchos que antes habían sido excluidos y a que sus arquitectos se la imaginaron como la inauguración de un nuevo régimen político asentado en partidos políticos modernos e ideológicos que remplazarían las prácticas populistas y caudillistas del pasado (de la Torre 1996: 17-25), muchas de las prácticas políticas que se estrenaron en los años 40 continúan caracterizando a la lucha política en esta nueva etapa democrática.

Estudios empíricos han demostrado que los partidos políticos de diferentes ideologías se relacionan con los pobres a través del clientelismo. Es así que, partidos populistas como Concentración de Fuerzas Populares (Menéndez-Carrión 1986) y el Partido Roldosista Ecuatoriano (de la Torre 2000; Freidenberg 2003) recurren a estas prácticas, que son las mismas que utilizan partidos de centro como la Democracia Popular y la Izquierda Democrática en Quito (Burgwall 1995).

El clientelismo funciona como una herramienta de dominación y como una estrategia de los pobres para conseguir recursos. La legitimidad de los caciques depende de los recursos y de la información que puedan distribuir entre sus redes. Los pobres apuestan a varios caciques y éstos no tienen más lealtad con un político que la capacidad del político de “hacer obras.” Con una mentalidad suma-cero, los políticos están más interesados en captar los recursos del estado para asegurar la lealtad de clientelas a través de la distribución de recursos que en respetar los procedimientos democráticos (de la Torre 2000: 86).

El continuo intercambio entre favores y votos ha ido conformando una cultura política basada en lealtades particularistas. Ya que los políticos no hacen valer los derechos universalistas que están escritos en las constituciones, como son por ejemplo, el acceso a la salud o a la educación, sino que hacen favores a grupos específicos, como son el ayudar a conseguir una cama en un hospital o un cupo en una escuela, los derechos son entendidos y vividos como favores. La mayoría de los pobres no son reconocidos como personas con derechos y obligaciones, tampoco se ven así mismos como ciudadanos. Sus prácticas cotidianas para sobrevivir los sitúan en relaciones de dominación, amistad y lealtad con políticos que hacen favores y dicen amar y sacrificarse por los pobres. Si a esto se añade la ausencia de un estado de derecho, que proteja a todos los individuos de la violencia estatal y de los abusos de poder de los poderosos, no sorprende la importancia de las redes clientelares para la supervivencia de los pobres.

Desde el retorno a la democracia, al menos 9 listas han competido en las diferentes elecciones y al menos 9 partidos han tenido algún tipo de representación en el parlamento (Pachano 2004: 73). Los partidos funcionan como maquinarias electorales personalistas, y los políticos y los partidos están desacreditados en los sondeos de opinión pública. Es más, las destituciones semi-legales de los presidentes Abdalá Bucaram, Jamil Mahuad y Lucio Gutiérrez por el congreso evidencian que la democracia entendida como el respeto a los procedimientos no siempre se respeta. De la misma manera, una condición básica de la democracia es que se respete la voluntad de los ciudadanos en las urnas no se cumple desde febrero de 1997, pues tres presidentes que ganaron elecciones libres fueron sustituidos con artimañas legales.

Cuadro No. 1 Votación regional de los partidos Diputados provinciales 1979-2002				
Partido	Total	Costa	Sierra	Amazonía y Galápagos
PSC	100	66.7	31.8	1.6
ID	100	30.2	65.5	4.3
PRE	100	75.3	23.4	1.4
DP	100	28.3	66.4	5.3

Tomado de Pachano (2004: 83)

El cuadro 1 ilustra que los partidos políticos no tienen mayor representatividad a nivel nacional. De los cuatro partidos más importantes, el Partido Social Cristiano (PSC) y el Partido Roldosista Ecuatoriano (PRE) son eminentemente costeños y la Izquierda Democrática (ID) y la Democracia Popular (DP) son serranos. Si bien, los partidos políticos no pueden agregar intereses a nivel nacional y sus candidatos obtuvieron porcentajes más bajos que los *outsiders* y los independientes en las elecciones nacionales del 2002, siguen generando apoyos a nivel regional y local pues funcionan como maquinarias que expresan los intereses de clientelas y de corporaciones locales. Por ejemplo, los candidatos de los partidos grandes como la Izquierda Democrática, el Partido Social Cristiano y el Partido Roldosista Ecuatoriano apenas alcanzaron el 38,1% de los votos en las elecciones presidenciales del 2002, mientras que los independientes Lucio Gutiérrez, Álvaro Noboa y León Roldós lograron el 53,1% de los votos válidos. A diferencia de los resultados presidenciales, el congreso del 2003 estuvo dominado por los partidos políticos que vienen actuando desde el retorno a la democracia que alcanzaron el 70% de los representantes (Montúfar 2004: 89-90).

Las diferentes visiones sobre la democracia

Esta sección analiza tres formas de vivir y concebir la democracia: la marxista, la populista y la liberal. Se las analiza como tipos ideales y se comparan las prácticas y discursos de los años cuarenta con los de la actualidad para demostrar cómo estas visiones continúan informando las formas de hacer política.

Las interpretaciones marxistas

Para la izquierda, la “Revolución Gloriosa” del 28 de mayo de 1944 y en menor medida la insurrección o la “Comuna de Quito” de enero del 2000 fueron dos momentos en los cuales se pudo alcanzar la verdadera democratización del país. La Gloriosa fue una insurrección popular en contra del gobierno liberal de Carlos Arroyo del Río. Éste había llegado al poder en elecciones, que si bien fueron avaladas por el Congreso fueron vistas por grandes sectores de la población, como fraudulentas. Velasco Ibarra que perdió esta contienda protagonizó una fallida insurrección para defender su supuesto derecho a la presidencia (de la Torre 1993).

Durante el gobierno de Arroyo del Río el país perdió la guerra con el Perú. Este “desastre nacional” que resultó en la pérdida de la mitad del territorio nacional fue interpretado como consecuencia de la corrupción e ineptitud del alto mando militar y del presidente. Además se vivió un fuerte periodo inflacionario. “Los precios de los alimentos básicos subieron entre 1938 y 1944 en un 400%, mientras que el promedio de remuneración real disminuyó de 164,44 sucres en 1941 a 133,31 sucres en 1943” (INIESEC 1984: 46-47).

La negativa del gobierno de Arroyo del Río a que Velasco Ibarra regrese desde su exilio para dirigir su campaña electoral en 1944, y la percepción de que se cometería un nuevo fraude electoral llevaron a que algunos líderes de Alianza Democrática Ecuatoriana (ADE), junto a mandos medios del ejército protagonicen una sublevación militar en Guayaquil. ADE, que auspició la candidatura de Velasco Ibarra estaba formada por todos los partidos políticos, esto es desde el conservador al comunista, exceptuando al partido liberal. Luego de un combate en Guayaquil, entre los insurrectos y los carabineros se aseguró el triunfo y las noticias del éxito de la revolución terminaron en celebraciones en la mayor parte de ciudades del país luego de que Arroyo del Río abandonase el poder.

Durante la primera fase del segundo velasquismo, la izquierda consolidó la formación de la Confederación de Trabajadores del Ecuador CTE dirigida por comunistas y socialistas, se fundó la

Federación Ecuatoriana de Indios FEI, y se dictó la Constitución de 1945 vista como progresista por la izquierda. En marzo de 1946, Velasco encarceló a los izquierdistas y con apoyo conservador se redactó una nueva normativa la de 1946 que para la izquierda fue de derechas, pero que según interpretaciones recientes permitió la gobernabilidad entre 1948-1961 (Quevedo 2004). En todo caso, La Gloriosa fue vista por la izquierda como la oportunidad perdida de hacer la revolución o de conseguir avances democráticos duraderos. Por ejemplo, para Silvia Vega “el análisis del 28 de mayo implica la confrontación de estrategias políticas y significa para los partidos de izquierda, un punto de referencia para afirmar o superar sus líneas políticas” (1987: 139).

El apoyo de la izquierda, a ADE y a Velasco se explica por su visión etapista de la revolución. Primero había que desarrollar reformas democrático-burguesas entre las que sobresalían la eliminación del modo de producción feudal en la sierra y el establecimiento de libertades básicas (de la Torre 1993: 92-101). Pero si bien, los marxistas lucharon por el establecimiento de libertades básicas liberales no estuvieron comprometidos, ni teórica ni normativamente con estas conquistas y libertades democráticas, pues en una futura sociedad comunista no tendrían cabida. Además, y al igual que la mayoría de su compatriotas, fueron oportunistas en aliarse con Velasco a quien vieron como un líder que generaba movilización entre las masas y por lo tanto les ayudaba a construir un movimiento popular (de la Torre 1993: 233-235).

El 21 de enero de 2000, evento en el que el presidente Jamil Mahuad fue depuesto luego de una insurrección o golpe de estado en que participaron los líderes de los movimientos sociales, del movimiento indígena y sectores de oficiales medios de las fuerzas armadas fue visto por sus partícipes e inspiradores de izquierda como un “avance del bloque histórico” y aún fue calificado como la “Comuna de Quito” (Saltos 2000a: 167).

Para los marxistas, la democracia tuvo varios significados durante estos eventos. Para empezar, fue la inspiración de la estrategia de la sublevación de enero de 2000 de construir un poder dual y de presentar a las asambleas y parlamentos de los pueblos como instancias genuinamente democráticas. La democracia para los marxistas fue entendida no sólo como un régimen político sino y, sobre todo, como una forma de convivencia social basada en políticas económicas que favorezcan a la mayoría de la población. La democracia fue vista por sus resultados en tanto distribución del ingreso, gasto público del estado, etc. Además se presentó a la democracia directa y sin intermediarios, la de las asambleas y parlamentos de los pueblos, como una alternativa realmente participativa frente a la democracia formal-liberal. Algunos marxistas además idealizaron a la comunidad andina como “una organización que enfrenta al estado” (Saltos 2000: 216) y que tiene una “visión civilizadora alternativa” (Saltos 2000: 216.).

Para muchos marxistas, en resumen, tanto en los años treinta como en la actualidad, la democracia se basa más en las políticas económicas y sociales que garanticen la igualdad económica y social que en las libertades liberales. Además a diferencia de los liberales que buscan formas de representación y participación mediadas por los partidos políticos, para los marxistas la verdadera democracia no necesita intermediarios sino que a través de asambleas, comunas y otros mecanismos de democracia directa se articulará de mejor manera y sin la influencia de representantes la auténtica voluntad popular.

La democracia litúrgica-populista

El populismo se inició con el velasquismo (1933-72), cuando quienes estaban excluidos de la política demandaron no sólo ser escuchados en momentos excepcionales tales como las rebeliones y revueltas, sino que exigieron ser parte del juego cotidiano por el poder. Lucharon por el derecho al sufragio, por el fin del fraude electoral y porque se eliminen las restricciones al voto. José María Velasco Ibarra inició un nuevo estilo político. Su estilo electoral se caracterizó por marchas y concentraciones con las que se ocuparon las

plazas y las calles de las cuales estaban excluidas las personas humildes. En estos ejercicios de democratización de los espacios públicos participaron tanto ciudadanos, que cumplían con los difíciles requisitos para votar, como no votantes. Ya que la democracia se la vive en las calles, donde el pueblo tiene el derecho y la obligación de vitorear a su líder, no importó respetar el derecho a la libre expresión de sus rivales contruidos como enemigos.

Velasco Ibarra fue visto por algunos de sus partidarios como el redentor de la nación. También se autoconvenció de que era la encarnación de los anhelos y valores democráticos del pueblo a tal punto que creyó ser el Mesías del que hablaban algunos de sus seguidores. Luego de las insurrecciones populares de mayo de 1944, conocidas como “La Gloriosa”, Velasco Ibarra fue transformado en el “Gran Ausente”, el político exilado que regresaría al país para redimirlo de todos sus males (de la Torre 1993; 2000: 28-79).

Esta visión de que la verdadera democracia está en las calles y en la ocupación de espacios públicos todavía perdura y se ha ilustrado en las caídas de los tres presidentes que han sido electos desde 1996. Manifestaciones en Quito y otras ciudades de la sierra, en enero y febrero de 1997 fueron usadas como razón o excusa para que los militares le retiren su apoyo y el congreso deponga a Abdalá Bucaram con la artimaña legal de su incapacidad mental para gobernar.

En enero de 2000, la toma del congreso por la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador y por militares de rangos medios fue la explicación que dieron los militares para retirar su apoyo al presidente Jamil Mahuad y para que el congreso nombre al vicepresidente Gustavo Noboa como su sucesor. De igual manera, las manifestaciones en contra del presidente Lucio Gutiérrez, en abril de 2005 fueron la razón que dieron las fuerzas armadas para retirarle su apoyo y para que el congreso lo cese por supuestamente haber abandonado el cargo y nombre como sucesor a su vicepresidente Alfredo Palacio.

Los mitos de que la democracia está en manos del pueblo y que éste tiene la capacidad para poner y tumbar presidentes a la vez que tienen un gran potencial movilizador, que ha podido funcionar por la negativa de los militares a reprimir, tiene también consecuencias desestabilizadoras y anti-democráticas. Difícilmente se puede sostener que son más democráticas las marchas de miles de ciudadanos, que los votos que llevaron al poder a estos mandatarios.

El populismo ha ido de la mano con una construcción discursiva de la política como una lucha ética entre el pueblo encarnado en el líder y la oligarquía como la representación del mal. Si bien, la confrontación discursiva del pueblo contra la oligarquía ha estado presente en la política ecuatoriana desde que Velasco Ibarra la inaugure en los años 30 y 40, los grupos sociales asignados a estas categorías no han permanecido inmutables. En los años 40, Velasco Ibarra, al igual que muchos grupos de la sociedad civil construyeron los términos pueblo y oligarquía con referentes eminentemente políticos. La oligarquía fueron las “argollas” del partido liberal que se mantenía en el poder gracias al fraude electoral y el pueblo eran los ciudadanos cuya voluntad electoral no se respetaba. Esta construcción política del pueblo excluía a quienes no podían votar por ser analfabetos y a los indígenas y afroecuatorianos que ni votaban ni eran vistos como parte de la nación (de la Torre 2000: 28-80).

Desde la creación de Concentración de Fuerzas Populares a finales de los años 40, la categoría “el pueblo” adquirió significados sociales (Guerrero 1994; Martz 1989). “El pueblo” son los pobres que se diferencian de la oligarquía y de los ricos en términos socioeconómicos, culturales, políticos y de estilos de vida. Cuando se dio una dimensión étnica a la oposición del pueblo contra la oligarquía se sostuvo que la lucha fue entre la “gente de ‘aristocracia’ y los ‘cholos’” (CFP 1958: 19). Por esta razón se caracterizó al CFP, como “auténticamente popular... y que no admite la superioridad de castas ni de clases (CFP 1958: 24). Estas construcciones discursivas del pueblo no incluyeron a los indios y los negros. Más bien se sostuvo que el mestizaje, definido como “crisol de equilibrio racial,” junto a la extensión del “habla castellana, en forma correcta, a todos los rincones del país” serán los mecanismos que permitirán aglutinar y cohesionar a todos los ecuatorianos (CFP 1958: 43).

Otro ejemplo de la construcción de la categoría “el pueblo” como clases bajas, honestas y mestizas fue el famoso discurso de José María Velasco Ibarra “¡Querida Chusma!” en Quito, durante la campaña presidencial de 1960. En éstas compitieron Velasco Ibarra, candidato del Frente Nacional Velasquista (*grupo ad hoc* en el que se encontraban conservadores, arnistas de ultra derecha como Nicolás Valdano Raffo, liberales independientes, y caudillos como Manuel Araujo ex-arnistas transformado en partidario de Fidel Castro y de la Revolución Cubana); Galo Plaza apoyado por el Frente Democrático Nacional integrado por liberales y socialistas; Gonzalo Cordero por el Partido Conservador y Antonio Parra Velasco por la Unidad Democrática Anticonservadora que aglutinó al Partido Comunista, al CFP y a un grupo de socialistas.

Refiriéndose a la descalificación de sus partidarios, por parte de los seguidores de Galo Plaza y de Gonzalo Cordero como “la chusma,” Velasco citó al Presidente Allessandri que decía en ocasión análoga:

“¡Querida chusma, con vosotros cuento para levantar la grandeza internacional de pueblo...! (aplausos). Solemne insolencia: “chusma, chusma.” En esta chusma hay artesanos beneméritos, de gran corazón y noble espíritu; en esta chusma hay mujeres abnegadas que sacrifican su existencia para salvar a sus hijos de la pobreza, por educarlos, por redimirlos, por darlos a la patria; en esta chusma hay campesinos que siembran, cosechan...; en esta chusma hay brazos esforzados, grandes almas, nobles espíritus, hombres que saben morir por su ideal, hombres que saben luchar y vencer por dar al país la libertad electoral; ¡esta chusma es el alma de la patria, esta chusma es la que redime a la República de la corrupción, del estancamiento egoísta, calculador y corrompido en que hoy está; sí esta chusma es la que nos purifica, nos da fuerzas y nos levanta! ¡Pobres señores del gamonalismo estrecho y miserable!” (Aplausos) (Velasco Ibarra *s/f.* 247).

La oposición del pueblo trabajador, pobre y mestizo es en contra de los gamonales estrechos, no de todos los ricos, pues entre las personas de clase alta hay personas honestas que comprende a la chusma. Entre éstos se encuentra nada menos que Velasco Ibarra.

Cuando el CFP conquistó la presidencia de la República con la elección de Jaime Roldós en 1979 se modificaron los significados del término “el pueblo.” En su mensaje a la nación al asumir el mando el 10 de agosto de 1979, Jaime Roldós se preguntó “¿para quién hablo?” Su respuesta fue no excluir a nadie y mencionó a los “humildes hermanos ecuatorianos... mis hermanos indígenas, los montubios, los negros del Chota y Esmeraldas” (Roldós 1982: 10). Además de incluir a diferentes grupos étnicos, Roldós dio parte de su discurso en kichwua, idioma que por primera vez fue usado por un presidente en un mensaje a la nación. Esta apelación política a los indígenas y otros grupos étnicos destacando sus particularidades, no fue sólo una estrategia para conquistar los votos de quienes recientemente habían sido incorporados a la política al eliminarse las restricciones al voto de los analfabetos. Estos cambios discursivos, sobre quién está incluido en la categoría “el pueblo”, que se inauguran junto con el nuevo proceso democrático marcarán el discurso político de las décadas posteriores.

Durante la rebelión o golpe de estado en contra del presidente Jamil Mahuad en el año 2000, los líderes indígenas y los militares encabezados por el coronel Lucio Gutiérrez articularon una visión diferente de quién es el pueblo. El verdadero pueblo son los indígenas que ocuparon los espacios públicos de los cuales se sienten marginados como el Palacio de Justicia y el Congreso. Los indígenas no sólo pasaron a encarnar al pueblo, también fueron vistos como la vanguardia de éste en las luchas en contra de la corrupción, de las políticas de ajuste estructural y de defensa de la soberanía nacional.

El populismo ha tenido significados ambiguos para la democracia. Por un lado, ha sido una forma de protesta y resistencia a proyectos de modernización que en base a argumentos supuestamente universalistas y racionalistas excluyen a grandes sectores de la población vistos como la encarnación de la barbarie. Frente a estos proyectos civilizatorios de las élites, el populismo reivindica lo que supuestamente son las

formas de ser y vivir de los pobres y de los excluidos, que de ser considerados como obstáculos para la modernidad y el progreso se transforman en la esencia de la nación.

Pero, debido a que el pueblo no existe como un dato objetivo que está ahí presente, sino que es una construcción discursiva, hay que preguntarse quién lo construye y qué características le son atribuidas. La categoría el “pueblo” es construida por líderes que dicen encarnarlo. Esta apropiación autoritaria de lo que debe ser el pueblo tiene un doble sentido. Si bien han devuelto la dignidad a los de abajo como cuando los insultos de “chusma” como clases bajas y vulgares fueron resignificados como la esencia de la nación por Velasco Ibarra, “el pueblo” es una categoría construida de manera autoritaria y excluyente. El líder decide cuáles son sus valores y virtudes y qué formas de ser deben caracterizar a lo popular.

La representación populista se basa en la identidad entre el pueblo, visto como un conglomerado que tiene una sola voz e intereses, con el líder, encarnación de los valores populares, nacionales y democráticos. En esta identificación del pueblo-unitario con el ególatra que dice encarnarlo, no hay espacio para que se articulen las diferencias que caracterizan a la sociedad moderna. Quienes no están incluidos o no existen, o son parte de la anti-nación oligárquica, o son borrados del imaginario autoritario de lo popular. El anti-pueblo y el no-pueblo no tienen espacios donde puedan expresar su disensión. Tampoco tienen derechos, pues al estar en contra del mandato del líder atentan contra los intereses de la nación y del pueblo que no son otros que los del líder.

Si bien la representación populista es excluyente y el discurso populista es autoritario, el populismo es vivido como profundamente democratizante e incluyente. El populismo moviliza pasiones e incorpora a personas que o bien han sido excluidas de la política o no han tenido interés de participar, por lo que Margaret Canovan (1999) señala que constituye la fase redentiva de la democracia. Pero, la movilización populista no siempre se da dentro de canales que respeten las normativas de la democracia liberal. Es más, en muchos casos, los procedimientos del estado de derecho son vistos como trabas e impedimentos para que se exprese la voluntad única y homogénea de las masas que no son otras que las que articula el líder.

Un experimento en la democracia: el gobierno de Galo Plaza 1948-52

En varias publicaciones académicas, Galo Plaza (1955; 1955a) calificó a su gestión como un experimento en la democracia. Esta referencia a la ciencia y tecnología se explica, por un lado, por la fe de Plaza en que se podía y se debía gobernar basándose en estudios técnicos y en estadísticas que permitiesen asentar las políticas estatales en datos reales y no en las especulaciones de los gobernantes. Esta diferenciación entre la especulación filosófica y la racionalidad científico-tecnológica se basaba en parte en marcar diferencias con Velasco Ibarra.

Por ejemplo, en su discurso al posesionarse como presidente el 31 de agosto de 1948, Plaza se diferenció del “providencialismo” del caudillo y sostuvo que “debe terminar la absurda dispersión de fondos en innumerables proyectos viales, siempre inaugurados y jamás concluidos” (Plaza 1949: 28; 44). Esta visión, además se enmarcaba en las discusiones de la posguerra sobre la necesidad de lograr el crecimiento económico y el progreso entendido como una mejora en las condiciones de vida de la población, a través de los estudios científicos, de las misiones técnicas. Será precisamente una innovación de su gobierno el sustentar la acción estatal en estudios técnicos.

Por primera vez se contrató y pidió el apoyo de misiones y de técnicos extranjeros y nacionales, que redactaron alrededor de 100 estudios, entre los que destacaron los auspiciados por la CEPAL, la FAO, la OIT, el Banco Mundial y la ONU (“lista de estudios realizados durante el gobierno de Plaza”, Archivo de la Fundación Galo Plaza Lasso, AFGPL). La noción de experimento por la democracia, también buscaba contrarrestar las ideas de la época, de que las naciones latinoamericanas no estaban preparadas para la democracia por su cultura y tradiciones.

Plaza sustentó que su gobierno fue una prueba clara de cómo se pudo gobernar democráticamente en un país de gran inestabilidad como el Ecuador, que entre 1924 y 1947 tuvo “veinte y siete jefes de estado, cuatro presidentes en un mes, seis constituciones e innumerables de las llamadas revoluciones” (1955:27). Dentro del contexto de la posguerra y de la guerra fría, la democracia para Plaza, también fue un experimento que a través de la “prosperidad, la justicia social y la libertad” frenarían al comunismo, visto como la “más grande amenaza a nuestra forma de vida” (Plaza 1955: 11; 14).

La democracia para Plaza se sustenta en la “libertad, el respeto a la voluntad del pueblo, en la estricta obediencia a las leyes” (1955: 31). Estas ideas fueron expuestas en su plataforma electoral cuando explicó su ideario político en los siguientes términos:

“profundo respeto a la dignidad humana...de los derechos humanos y de las garantías fundamentales, libertad de vivir sin hambre y sin temor, libertad de pensar, de expresarse, de creer, lo que necesariamente implica el mantenimiento y el perfeccionamiento de las garantías políticas esenciales: libertad de reunión, de asociación y especialmente.. libertad de sufragio” (Plaza 1947).

Este mensaje liberal y de tolerancia se dio en un contexto de intolerancia religiosa decimonónica. Por ejemplo, durante la campaña electoral de 1948 circularon hojas volantes en las que se sustentaba que “si un católico votare por candidatos liberales será responsable, no solamente de una traición a sus principios católicos, sino también de una traición a la República” (Hoja volante 170 Biblioteca Audio Espinosa Polít BAEP). La periodista Lilo Linke (1960: 108) quien vivió en el país desde mediados de los años cuarenta señala que el Arzobispo de Quito, Carlos María de la Torre en una carta pastoral de septiembre de 1951 recordó a los fieles que estaba prohibido mandar a sus hijos a colegios no católicos como los evangélicos o mixtos.

Otro buen ejemplo de la intolerancia en contra de los evangélicos, a los cuales se les atacaba con piedras y palos, es la hoja volante “Contra Dios y la Patria” en la que se liga al protestantismo con la masonería imperialista y el dólar en los siguientes términos: “la Evangelical Mission Covenant Church of America y todas las sectas protestantes de Norteamérica, aliadas, avanzadas de la masonería imperialista, al servicio de los adoradores del dios dólar.” (Hojas Volantes BAEP).

Para Plaza, el concluir su periodo y traspasar democráticamente el poder a su rival, Velasco Ibarra fue “en el plano de la Libertad el experimento más trascendental de nuestra historia.. Hemos comprobado que la mayoría del pueblo sabe hacer buen uso de las libertades” (Plaza 1952). Señaló que si bien fue objeto de ataques viles y bajos por sus detractores políticos, a diferencia de otros mandatarios fue tolerante. Esta fue la base para que la mayor parte de la prensa juegue durante su gobierno con un “gran sentido de responsabilidad” (1955: 37).

Las libertades se dieron dentro de la construcción y el apego a las instituciones. Señaló que nunca recurrió a las facultades extraordinarias para solventar las crisis como fueron el terremoto de 1949 en la que murieron más de 6.000 personas y 100.000 se quedaron sin hogar. De manera similar señaló que no utilizó mecanismos de fuerza para sortear las conspiraciones del CFP, que en julio de 1950 protagonizaron una fallida insurrección. Este apego a la legalidad permitió la estabilidad política vista por Plaza como una de las condiciones más importantes para el progreso (1955: 8). Es por esto que, Linke (1960: 32) anotó que “la principal distinción del gobierno de Galo Plaza fue su naturaleza democrática.”

Durante su campaña electoral y en su discurso de posesión, Galo Plaza se presentó, no como un político sino como un independiente y sobre todo como “un modesto hombre del campo” (1949: 28). Pero, a diferencia de Velasco Ibarra (1937) que se sintió el representante del pueblo que está mas allá de los partidos políticos, Plaza señaló la importancia de los partidos políticos en una democracia y su interés en fortalecerlos. Plaza estaba convencido sobre la necesidad de crear un nuevo estilo político. Éste se basaría en el respeto a las libertades, en una aproximación pragmática y técnica de gobierno que permitiesen la esta-

bilidad y el progreso, y en un estilo de liderazgo sustentado en la cercanía del presidente con la gente común, por lo que asistía al fútbol y a los toros y manejaba su *station wagon* todos los fines de semana a su hacienda Zuleta (1955: 35).

Lo que no deja de asombrar, es que un terrateniente que por el lado materno estaba ligado a las familias aristocráticas de la sierra se autodefiniese, tanto en el contexto internacional, como en el nacional como un *farmer* o como un modesto agricultor. Tal vez lo hacía, para recalcar su condición de no ser un político y para enfatizar sobre todo ante audiencias norteamericanas su calidad de hombre común y de clase media que se comportaba como tal y no como un presidente aristocrático. Con este fin, durante su gobierno se publicitó que durante su juventud, en la época de la gran depresión se ganó la vida vendiendo manzanas en la Gran Manzana.

La democracia para Plaza, además se sustentaba en una serie de experimentos sociales. Vio en la educación la clave para crear las precondiciones del vivir democrático. Para forjar una élite tolerante creó el Colegio Americano como un espacio donde se enseñarían los valores de la tolerancia y de la democracia a los niños de las élites y de las clases medias. Pero también presentó a su Hacienda Zuleta, como un ejemplo en el cual los campesinos indígenas a través de la educación, mejores salarios y programas de salud se transformarían en ciudadanos. “Si es que el indígena se transformará en un ser humano libre, un ciudadano completo de este país, y si su país se transformará en una verdadera democracia incorporándolos a las actividades políticas y cívicas, el único camino efectivo de acción es dar al indio una educación con líneas prácticas y sensibles” (Plaza 1955a: 69).

Si funcionaron o no sus experimentos para la educación democrática son preguntas abiertas. ¿En que medida las élites educadas en el Colegio Americano fueron más tolerantes y democráticas que aquellas educadas en otros colegios? ¿Se podían repetir las experiencias paternalistas de reforma social de Zuleta en otras haciendas? ¿Hasta qué punto se pudo pensar que sectores terratenientes que buscaban mejorar la productividad de sus haciendas podían tener un interés en transformar a los campesinos indígenas en ciudadanos? En todo caso, a menos que el proyecto de Plaza se hubiese aplicado desde el estado, en todo el país fue bastante ingenuo en pensar, que en todas las haciendas se podían crear experimentos democráticos, pues los trabajos de varios investigadores han demostrado que esta clase es la más reacia en permitir la incorporación de los excluidos y la democratización de la sociedad (Rueschemeyer, Stephens y Stephens 1992).

El conflicto entre el CFP y Plaza es interesante para analizar, por un lado el carácter democrático-liberal de su proyecto, y a la vez las limitaciones de éste de incorporar a los sectores populistas y a sus bases que vivían en condiciones de exclusión económica, de precariedad legal y de exclusión política en las barriadas urbanas, en especial en Guayaquil (Menéndez-Carrión 1986).

Concentración de Fuerzas Populares fue fundada en Guayaquil, a finales de los años cuarenta por Carlos Guevara Moreno y un grupo de intelectuales y políticos de clase media y media alta (Martz 1989 [1980]; Menéndez-Carrión 1986). Además de su discurso populista de pueblo contra trincas, lo más destacado de CFP fue la creación de un partido piramidal y jerárquico que se relacionó con los sectores urbanos a través del clientelismo político. La relación clientelar, no sólo se basó en el intercambio de votos por favores, sino que también fue una relación de carácter semi-permanente a través del cual, los líderes y caciques del CFP se convirtieron en personas que podían resolver problemas tales como la atención médica, problemas con la policía y el dar empleo a sus bases (Menéndez Carrión 1986: 293-299).

Es así, que se conformaron lealtades políticas basadas en discursos que presentaron la política como una lucha total y moral entre el pueblo cefepista y las trincas oligárquicas del gobierno de Plaza. CFP, además utilizó las movilizaciones como mecanismos para demostrar su poder al gobierno y para crear la sensación de que sus seguidores tenían una voz, que no era escuchada por el gobierno regionalista serrano. Dentro de sus tácticas, el semanario “Comentarios del Momento” adquirió un rol especial tanto para

cementar lealtades partidistas, como para a través de la denuncia de supuestas corrupciones, del uso del humor y del insulto personal provocar al gobierno. Esta combinación de un periodismo incitador y militante, con movilizaciones populares fue una constante provocación al gobierno de Galo Plaza.

En un contexto, en el que los mandatarios no siempre respetaron la libertad de prensa, la política de “Momento” fue la de incitar a través del insulto a que el presidente los reprima. Por ejemplo, en el número 19 del 4 de marzo de 1950 se dijo:

“ya nadie cree en la capacidad de hombre ‘práctico’ del Sr. Plaza. Su prestigio de dueño de abundantes majadas y extensos potreros, su debilidad por el inglés y las fotografías, su atuendo de beisbolero americano, risueño y pueril, no han aportado a la nación nada más que abandono, anarquía, miseria y desesperanza.”

Plaza aguantó con buen humor los insultos, y a diferencia de otros mandatarios, no clausuró esta publicación aún luego del fallido intento de golpe de estado del CFP en 1951. Su estrategia fue esperar a que Guevara Moreno y el CFP rompan la ley. En una carta personal al Gobernador del Guayas, Federico Intriago Jr. sostuvo:

“la mejor manera de destruir el mito que tiene el bajo pueblo de la inviolabilidad de Guevara Moreno, es sometiéndolo a una acción de policía en caso de cualquier infracción. Tu sabes tanto como yo que lo importante es destruir el mito ciudadano y no convertirlo en mártir” (julio 3 de 1950, AFGPL).

La estrategia de Momento fue apelar al nacionalismo frente a lo que se calificó como el servilismo de Plaza a los intereses extranjeros. Su utilizó el chauvinismo para criticarlo por traer expertos extranjeros, como cuando Rafael Cuello Serrano lo atacó “por despreciar en forma absoluta la capacidad de los nacionales, hablando en traspasado de la importación de técnicos” (Momento 37, Guayaquil 8 de julio de 1950: 2). El uso del nacionalismo tuvo tonos más serios, cuando varios números de Momento analizaron la frase de Plaza de que “el Oriente es un mito”, para calificarlo de anti-patriota y vendido a los intereses de las petroleras y del Perú.

No importó tanto el que se saque la frase de contexto, lo que perduró en la imaginación colectiva de los anti-placistas fue su caracterización como extranjerizante. Esta imagen, de que Plaza venía del extranjero se reforzó con los ataques a sus orígenes sociales: “la queja del señorito bien, del hombre ‘distinguido’ contra el ambiente (un ambiente de cholos y de runas, que no entiende todavía la técnica gringa” (“publicidad de exportación.” Momento 26, Guayaquil 22 de abril de 1950: 8). O como cuando se caracterizó a su primer año de gestión, como el gobierno de:

“los ‘mayordomos prácticos’”, que ofrecieron “a este sufrido y tolerante país un futuro de hacienda serrana bien administrada... un gobierno de mayordomos, bajo el cual la leche será tan cremosa como en la ‘Avelina’, la amarilla manteca mas rica que nunca, los indios cromáticos y exportables para el turismo, las vacas con las ubres pesadas y generosas, los cuernos majestuosos... Ingresaríamos pues los ecuatorianos a un establo de calcomanía, felices de tener patroncitos gordos y bonachones” (Momento 10, Guayaquil 31 de diciembre de 1949: 3).

A más de la provocación, a través de la burla periodística, el CFP utilizó las movilizaciones populares. Para empezar, caracterizaron a las elecciones para alcalde de Guayaquil del 6 de noviembre de 1949, en las que su candidato Rafael Mendoza Avilés fuese derrotado por Rafael Guerrero Valenzuela como fraudulentas y

movilizaron a sus bases que se enfrentaron con la policía. El 15 de julio de 1950, el CFP intentó dar una mezcla de golpe de estado con insurrección popular en Guayaquil que fue frenada por el ejército.

Galo Plaza, luego de trasladar a los cabecillas al Penal García Moreno de Quito en un comunicado a la nación manifestó, “seré tan severo con los cabecillas como antes fui tolerante” (El Telégrafo, Guayaquil domingo 16 de julio de 1950: 1). Ahí tuvo la oportunidad para encarcelar a los líderes del CFP pero no clausuró Momento, ni utilizó los poderes especiales que le daba la constitución aunque clausuró a Radio Continental de Guayaquil. El domingo 16 algunas personas atacaron el local del CFP y confiscaron el número 38 de la revista Momento. Según las denuncias cefepistas y del periódico “La Hora” de Guayaquil (La Hora, 17 de julio 1950: 4), los actores fueron pesquisas del gobierno aunque el periódico “El Universo” desestimó esta apreciación (El Universo, Guayaquil 16 de julio 1950).

CFP fue visto por los sectores altos y medios de Guayaquil como la expresión de las pasiones más viles y de las clases más bajas. Por ejemplo, en una carta al editor del Universo, el ciudadano Fermín Melitón Jurado Cedillo caracterizó a Momento como “un estigma que avergonzaba a la ciudad guayaquileña” (El Universo, Guayaquil 20 de julio 1950). Francisco Arízaga Luque calificó a los líderes de CFP como “apóstoles de la falsía y la simulación” (El Telégrafo, Guayaquil 17 de julio 1950: 3). En “El Universo” del 19 de julio, en la “Radiografía del Movimiento Guevarista” se lo califica como un partido que “había envenenado metódicamente a las masas.” Este partido, según este artículo estaba conformado por “hampones recolectados en todos los ámbitos de la ciudad, los rateros..., los delincuentes de diverso tipo –desde el matón de barrio hasta el chantajista habitual– a cuyo cargo se hallaba, justamente el llevar a la práctica los planes delictivos que hubo de concebir su mentalidad malsana.”

A diferencia de estas visiones, calificadas por el CFP como oligárquicas, según sus militantes fueron víctimas de una conspiración del gobierno en la que se les acusó injustamente de tratar de dar un golpe de estado (Momento 39, Guayaquil 9 de septiembre 1950). A las acciones del gobierno de Plaza se las calificó como represivas e injustas y se organizaron mítines y marchas para demandar la liberación de los presos políticos muchas de las cuales fueron reprimidas por la policía (Menéndez Carrión 1986: 340-341). Lejos de terminar con la carrera política de Guevara, como temía Plaza, su prisión le convirtió en mártir y lo llevó al triunfo en las elecciones para la alcaldía de Guayaquil en noviembre de 1951 (Martz 1989: 340).

La confrontación entre el CFP y Plaza ilustran claramente por un lado la vocación liberal-democrática del primer mandatario. Resistió aplicar mano dura, logró que la prensa “seria” apoye sus actos y descalificó ante las clases medias y altas al CFP, como un grupo de aventureros irresponsables apoyados por el hampa. Para Plaza sortear esta conspiración dentro del marco del estado de derecho fue un gran triunfo político.

Además, como lo anota en una carta a Camilo Gallegos, Ministro de la Corte Suprema de Justicia, “debe ser motivo de satisfacción el saber que esta clase de cosas ya no prosperan en el país, porque en el ejército y en la ciudadanía va echando raíces la conciencia democrática (21 de julio 1950, AGPL). Pero lo que Plaza no consiguió fue crear mecanismos de pertenencia y de adhesión que contrarresten a los del CFP. Sus actos legales que fueron leídos como de represión y de no respeto a las garantías democrático-liberales por los cefepistas, más bien acrecentaron la fama de Guevara Moreno y cuando éste llegó a la alcaldía le dieron mayores recursos para afianzar sus bases de apoyo popular.

Si bien Plaza venció en un primer momento apoyándose en la legalidad democrática su visión de lo que es la democracia no convenció a todos. Tanto los cefepistas como Velasco Ibarra calificaron a estos actos como de desmedida represión. Pero de manera más importante para el futuro, si bien la visión y las prácticas de Plaza convencieron a algunos sectores de clase media y alta -y no a todos, pues muchos no aceptaron estas prácticas en su cotidiano- para mucha gente común y corriente, lo democrático se manifestó más bien en las calles donde se vitoreaban a sus ídolos populares sean este Velasco Ibarra, Guevara Moreno, Assad Bucaram, Abdalá Bucaram o Lucio Gutiérrez. Estas reacciones populares de apoyo a los populistas también se debieron a las prácticas comunes de dominación que los excluían y fueron reaccio-

nes racionales ante quienes los calificaron ya sea como chusma, o como hampones y delincuentes, en fin como a personas sin la capacidad de ejercer la democracia.

Fueron los líderes populistas quienes enterraron el proyecto de modernización placista. Velasco Ibarra durante su tercer mandato cambió la orientación de la economía y no se preocupó de las finanzas sanas basadas en el superávit y gastó todo cuanto pudo en sus planes de construcción de carreteras y escuelas (Norris 2004: 194-196). Mandó al tacho de la basura la legislación de Plaza que buscó generar una burocracia más técnica y menos política. Por último, la derrota de Plaza en la campaña electoral de 1960 ante el caudillo (Norris 2004: 267-277) le privó el continuar con sus experimentos democráticos en el país. En una carta a Manuel Polanco marido de su hija Luz, Plaza explicó su derrota en los siguientes términos:

“No se que rumores le habrán llegado de cómo y por qué se produjo la derrota. En verdad, la caudalosa manifestación por Velasco fue únicamente una manifestación en el Ecuador de la revolución social que va tomando cuerpo en toda nuestra América. Pueblos que vivieron por siglos resignados a la miseria, desde la Segunda Guerra Mundial se dieron cuenta que tenían derecho a una vida mejor y ahora encuentran su humilde situación intolerable y quieren con urgencia mejorarla. Yo ofrecía soluciones concretas a los problemas de las grandes masas ecuatorianas... Frente a nuestro plan de acción sistemático, planificado, con clara orientación social, evitando emociones y suavizando la lucha de clases, claramente al servicio de las masas, pero como toda obra humana era tarea que necesitaba tiempo y esfuerzo de todos, se presentó la solución del Dr. Velasco, que al plantear los problemas del país dijo demagógicamente, que él se sentía incapaz de resolverlos, pero que tenía confianza que con su triunfo “Dios proveerá”, y el pueblo creyó esto a pie juntillas. Por cierto que como son veinte siglos que no se hacen milagros, ni nuestro personaje mitológico Velasco podrá realizarlos, vendrá el desengaño” (tomado de Coronel y Salgado 2006: 47-48).

Pese a que con motivo de la celebración del centenario de su nacimiento, Galo Plaza ha sido idealizado como la encarnación de las prácticas democráticas y como un político a quien se debería emular, su visión de la democracia liberal no ha tenido mayor acogida entre la población en el último periodo democrático. Por ejemplo, pocas voces se alzaron para cuestionar la falta de legalidad y el atropello a la normativa con la que se cesaron a los tres presidentes defenestrados desde febrero de 1997. En el caso más claro de golpe de estado, de acuerdo a la visión liberal de la democracia, que fue la destitución de Mahuad según una encuesta realizada el 7 de febrero de 2000, “el 51% de la población estuvo de acuerdo con la formación del triunvirato. El 72% de la población piensa que no hubo `golpe de estado` sino una `rebelión popular`.” (Paz y Miño 2002: 33).

Muchos de los políticos que salieron en “defensa de la democracia” y en contra del golpe de estado del 2000 han tenido prácticas poco consistentes y bastante instrumentales ante la democracia. Los ex-presidentes Jamil Mahuad, Osvaldo Hurtado y Rodrigo Borja pocos años antes habían sido protagonistas del golpe de estado en contra de Abdalá Bucaram. Esto demuestra que la mayoría de los políticos ecuatorianos, y aún los que en sus escritos han calificado a este régimen como el más deseable, tienen actitudes instrumentales ante la democracia. No deja de ser interesante, el que pese a su instrumentalismo, los políticos sigan considerando que la democracia es el mejor régimen político.

Desde el siglo diecinueve, los legisladores han buscado modelos formales y constitucionales de democracia y han dictado leyes basadas en una tradición liberal importada y normativa. Estas proclamas, por lo general y con pocas excepciones, han ido de la mano con prácticas políticas que no respetan las leyes, los principios y las constituciones liberales que ellos mismos han proclamado. Con excusas sobre la ingobernabilidad de sus compatriotas o con argumentos, como los de Velasco Ibarra, de que la voluntad popular está más allá de las normas de la democracia liberal constantemente han violado las constituciones.

Si bien los políticos pisotean las constituciones y los procedimientos de la democracia liberal, buscan artimañas legales para camuflar los golpes de estado como movimientos basados en la legalidad. Esta búsqueda de artificios legales, no sólo obedece a la necesidad de complacer al Departamento de Estado de los Estados Unidos que ahora es contrario a los golpes de estado. Es sobre todo, una necesidad imperiosa de los políticos de basar aún los actos ilegales en un supuesto marco legal. Estas prácticas han sido una constante en la historia del país pues los golpes de estado han sido la excepción y las rupturas al orden democrático se han revestido de formalidades democráticas, ya sea a través de los nombramientos por el congreso o por asambleas constituyentes (León 2004: 96).

Este apego instrumental y esquizofrénico a la legalidad por parte de los políticos se explica por su interés de continuar con el juego democrático, sobre todo con las elecciones. En éstas se juegan desde los egos de quienes se sienten salvadores y redentores de la patria, hasta intereses económicos y corporativos. Las elecciones, además, activan redes clientelares que permiten tanto a los políticos, como a los caciques y sus clientelas obtener desde bienes y servicios hasta puestos de trabajo. A los políticos no les conviene entregar el poder a los militares, sino que continuamente entran en contiendas electorales, pese a que a los pocos días de que el nuevo mandatario asuma el poder ya empezarán a intrigar en cómo tumbarlo para seguir con el ciclo de destituciones con artimañas legales al que siguen nuevas elecciones y a veces nuevas constituciones.

Otra característica de las defensas a la democracia liberal, también herencia del siglo XIX, es que se basan en un menosprecio a los de abajo. El miedo, la aversión y el asco de las élites hacia sus compatriotas más pobres y menos blancos han ido de la mano con la idea de que la democracia liberal es una empresa civilizadora, que educará y modernizará a los de abajo, siempre vistos como no preparados aún para ejercer sus derechos democráticos. Esta ambigüedad, entre defender la democracia liberal y temer al “populacho” es una constante en la forma en que las élites políticas han entendido a la democracia.

Conclusiones

Este breve recorrido por las explicaciones sobre las causas de la estabilidad democrática de finales de la década del cuarenta y de los cincuenta, y el análisis de las diferentes formas en las que se vivió lo democrático permiten algunas conclusiones provisionales. Para empezar, los modelos deterministas que derivan la política de lo económico han sido superadas aún por científicos sociales marxistas como Quintero y Silva. Para éstos, la política debe ser analizada sin reducirla a una expresión mecánica de lo económico. La política además no puede entenderse de manera voluntarista. Los factores institucionales y las condiciones socioeconómicas marcan los límites de las posibles actuaciones políticas.

Para comprender qué significa la democracia es importante estudiar cómo la gente común y corriente la vive y la experimenta. Estas visiones, si bien se basan en los discursos y las prácticas de las élites, no se reducen a éstas sino que tienen elementos autónomos que deben ser analizados. Es por esto, que analizar las diferentes formas de vivir lo democrático y estudiar los legados de las prácticas que se inauguraron en los años cuarenta son fundamentales para comprender el funcionamiento y las prácticas políticas de ahora.

Muchos de los rasgos de la política ecuatoriana como son la importancia del clientelismo para captar los votos, el carácter de los partidos como maquinarias electorales, la visión del estado como un botín y la actitud instrumental de los políticos ante la democracia son herencias de este periodo. Estas herencias culturales no son un destino del cual no se pueda escapar y, por ejemplo, la vocación democrática de muchos artífices de la última transición a la democracia terminaron con el carácter restringido de la misma, al ampliarse dramáticamente el electorado con la eliminación de la prohibición del voto de los analfabetos. Pero los diseños institucionales no han podido terminar con prácticas políticas que no siempre se basan en el respeto a las instituciones y normativas liberal-democráticas. Por lo que la ingeniería política no es la

única vía para corregir lo que muchos politólogos ven como los “vicios” de la política nacional. Como tampoco lo serán las asambleas constituyentes que busquen una nueva normativa que por arte de magia solucionará los problemas nacionales.

El recorrido por las diversas visiones de lo democrático ilustra que las formas liberal-democráticas tienen poco apego entre la población. Es importante señalar que, aún, durante los períodos que se pueden calificar como liberal-democráticos no todos los actores políticos, y aún muchos de quienes en sus escritos favorecieron a este régimen político, fueron convencidos sobre sus virtudes. Muchos políticos vieron y ven la democracia desde perspectivas utilitaristas e invocan a las fuerzas armadas para que les resuelvan sus problemas. Además, la democracia liberal tuvo y tiene poco eco entre la población que más bien entienden lo democrático desde sus vertientes populista y marxista. Grandes sectores de la población comparten la noción que la democracia está en las calles y en asambleas donde el pueblo, supuestamente ejerce su voluntad sin intermediarios.

Las prácticas marxista y populistas comparten un desdén a la democracia liberal que es vista, como una herramienta, para llegar al poder pero no como un fin en sí mismo. Si bien, para los marxistas, la democracia se basa en el tipo de políticas económicas y sociales, también ven a la democracia directa y sin intermediarios como más participativos y genuinos que la liberal. Los populistas asumen que el líder articula las verdaderas aspiraciones populares. El problema con estas visiones es que no se respetan los espacios para la disensión y se descalifica como antipopular cualquier alternativa a la del líder, la supuesta encarnación e intérprete de la verdadera voluntad popular.

Dadas estas interpretaciones sobre lo democrático y al legado de las prácticas y discurso, que se inauguraron junto a los inicios de la participación popular no asombran las dificultades de consolidar la democracia liberal. Además, y es importante recalcarlo, el discurso de la democracia liberal se ha utilizado para descalificar a los seguidores populistas y a sus líderes como la encarnación de la barbarie y de la sin razón. Frente a proyectos de democratización, que excluyen a los más pobres, el populismo no deja de aparecer como una forma de resistencia.

Por último, se debe analizar por qué y cómo el lenguaje populista reemplazó al lenguaje de izquierda en la costa y cómo se consolidó el discurso izquierdista en la sierra. En mi trabajo sobre el velasquismo, durante los años treinta y cuarenta observé que en la costa, sobre todo en Guayaquil, predominaba un discurso izquierdista. En la sierra, éste coexistía con un lenguaje de reforma moral de inspiración católica articulado desde varias organizaciones artesanales y obreras auspiciadas por la iglesia católica (de la Torre 1993). Hernán Ibarra (2004) argumenta, que en Guayaquil el discurso marxista fue reemplazado por un discurso populista y en la sierra, sobre todo en Quito, el marxismo se convirtió en el lenguaje que articuló la protesta. Pero, este lenguaje marxista fue adaptado y contagiado por un discurso populista que a su vez incorporó elementos del marxismo. Es por esto que hay muchas coincidencias entre las visiones marxista y populista ecuatorianas sobre la democracia directa sin intermediarios, acerca de las virtudes del pueblo, sobre la ocupación de los espacios públicos y en la búsqueda de un redentor que es o bien visto como la solución de todos los problemas o como quien permitirá que se den avances organizativos hacia la revolución.

Bibliografía

- Bethell, Leslie y Roxborough, Ian (1992) "Introduction: The postwar conjuncture in Latin America: democracy, labor and the Left." En Leslie Bethell y Ian Roxborough, eds. *Latin America between the Second World War and the Cold War 1944-1948*. Cambridge: Cambridge University Press. Pp 1-33.
- Blanksten, George (1951) *Ecuador: Constitutions and Caudillos*. Berkeley: University of California Press.
- Burgwall, Gerrit (1995) *Struggle of the poor. Neighborhood organization and clientelist practice in a Quito squatter settlement*. Unpublished Ph.D. Dissertation University of Amsterdam.
- Canovan, Margaret (1999) "Trust the people! Populism and the two faces of democracy." *Political Studies* 47: 2-16.
- C.F.P. (1958) *¿A dónde va C.F.P...? Ideología y táctica cefepistas*. Guayaquil: Departamento de Prensa de C.F.P.
- Coronel, Valeria y Salgado, Mireya (2006) *Galo Plaza un liberal del siglo XX: democracia, desarrollo y cambio cultural en el Ecuador*. Quito: Museo de la Ciudad.
- Cueva Agustín (1988) [1972] *El proceso de dominación política en el Ecuador*. Quito: Editorial Planeta.
- _____ (1983) "El Ecuador de 1925 a 1960." En Enrique Ayala, ed., *Nueva Historia del Ecuador*. Vol 10. Quito: Corporación Editora nacional. Pp. 87-123.
- de la Torre, Carlos (1993) *La seducción velasquista*. Quito: Libri Mundi y FLACSO.
- _____ (1996) *¿Un Sólo Toque! Populismo y cultura política en Ecuador*. Quito: CAAP.
- _____ (2000) *Populist seduction in Latin America*. Ohio University Press.
- Freidenberg, Flavia (2003) *Jama, caleta y camello. Las estrategias de Abdalá Bucaram y del PRE para ganar elecciones*. Quito: Corporación Editora Nacional.
- Guerrero, Rafael (1994) *Regionalismo y democracia social en los orígenes del "CFP"*. Quito: CAAP Diálogos.
- Ibarra, Hernán (2004) "El populismo en la política ecuatoriana contemporánea." En *Releer los Populismos*. Quito: CAAP. Pp. 127-177.
- INIESEC (1984) *28 de Mayo y la Fundación de la CTE*. Quito: Corporación Editora Nacional.
- León, Jorge (2004) "La democracia real versus la democracia idealizada. Ecuador de 1978 a 2003." *Política* N° 42, otoño. Pp. 87-129.
- Linke, Lilo (1960) *Ecuador country of contrasts*. London: Oxford University Press.
- Ma rtz, John D. (1989) "La expresión regionalista del populismo. Guayaquil y el CFP, 1948-1960. En Felipe Burbano de Lara y Carlos de la Torre, eds. *El Populismo en el Ecuador*. Quito: ILDIS. Pp. 323-351.
- Menéndez-Carrión, Amparo (1986) *La conquista del voto en el Ecuador: De Velasco a Roldós*. Quito: Corporación Editora Nacional.
- Montúfar, César (2004) "Antipolítica, representación y participación ciudadana." *Ecuador Debate* 62, pp. 83-102.
- Norris, Robert (2004) *El gran ausente. Biografía de Velasco Ibarra*. Quito: Libri-Mundi
- _____ (2004) "El territorio de los partidos, Ecuador 1979-2002." En *Partidos Políticos en la Región Andina: entre la crisis y el cambio*. International Assistance for Democracy and Electoral Assistance. Estocolmo y Lima. Pp. 71-93.
- Plaza, Galo (1947) "Criterio político y bases del Gobierno del señor Galo Plaza". Quito, noviembre.
- _____ (1949) "El Presidente Plaza define su ideario político." En *El Gobierno del Sr. Galo Plaza*. Quito Talleres Gráficos Nacionales, pp. 27-42.
- _____ (1952) *Transmisión del Mando*. Discurso del Presidente Galo Plaza.
- _____ (1955) *Problems of Democracy in Latin America*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press.
- _____ (1955a) "Two Experiments in the Education for Democracy." In Angel del Río ed.,

- Responsible freedom in the Americas*. New York: Doubleday & Company. Pp. 68-77.
- Paz y Miño, Juan (2002) *Golpe y contragolpe. La "Rebelión de Quito" del 21 de enero del 2000*. Quito: Abya-Yala.
- Quevedo, Patricio (2004) "Casi la democracia formal." En Pablo Cuvi ed., *Historia del Congreso*. Quito: Imprenta Mariscal. Pp. 101-115.
- Quintero, Rafael y Silva, Erika (1991) *Ecuador Una Nación en Ciernes* Vol. II y III. Quito: FLACSO.
- Rock, David (1994) "Introduction." En David Rock ed., *Latin America in the 1940s War and Postwar transitions*. Berkeley: University of California Press. Pp. 1-15.
- Roldós, Jaime (1982) *Jaime Roldós. Su pensamiento*. Quito: Secretaría Nacional de Información Pública.
- Rueschemeyer, Dieterich; Stephens, Evelyne y Stephens, John (1992) *Capitalist Development and Democracy*. Chicago: University of Chicago Press.
- Salto, Napoleón (2000) *La rebelión del arco iris: testimonios y análisis*. Quito: Fundación José Peralta.
- _____ (2000a) "El avance del bloque histórico." En Heinz Dieterich, *La cuarta vía al poder*. Quito: Abya-Yala. Pp. 164-173.
- Vega, Silvia (1987) *La Gloriosa. De la revolución del 28 de mayo de 1944 a la contrarrevolución velasquista*. Quito: Editorial El Conejo.
- Velasco Ibarra, José María (1937) *Conciencia o barbarie*. Quito: Editorial Moderna.
- _____ (s/f) "¡Querida Chusma!" En, *Discursos. Obras Completas Tomo XII*. Quito: Editorial Santo Domingo.